

Editorial

El futuro de la socialdemocracia

ÁNGEL RIVERO* Y JORGE DEL PALACIO**

El viernes 8 de abril de 2011, al mediodía, el aula GIII de la Facultad de derecho de la Universidad Autónoma de Madrid estaba llena de una multitud de políticos, profesores y estudiantes que esperaban conocer el futuro de la socialdemocracia por boca de dos reputados asesores internacionales de José Luis Rodríguez Zapatero. Uno de ellos, Wolfgang Merkel, profesor de ciencia política de la Universidad Humboldt de Berlín e investigador del WZB (centro de investigaciones sociales de Berlín), tiene una larga trayectoria como estudioso y asesor de la socialdemocracia europea. El otro, Philip Pettit, un filósofo irlandés profesor de política y valores humanos en la Universidad de Princeton, había desarrollado una larga carrera por distintas universidades hasta que fue llamado como asesor por Rodríguez Zapatero. Para Merkel la socialdemocracia es un objeto de estudio que puede medirse y compararse de distintas maneras, de modo que podemos saber si crece, declina o desaparece. Pettit no es un estudioso de la socialdemocracia, fue llamado por Rodríguez Zapatero para que le proporcionara los principios desde los que articular las políticas de su programa de gobierno. Para el presidente del gobierno, hacer política de principios es tener una filosofía y esto era lo que le habría de proporcionar el republicano irlandés. Aunque Pettit titubeó al principio, quizás recordara la suerte de Platón como consejero, una vez Zapatero llegó al poder aceptó gustoso el ofrecimiento y después evaluó al alumno: sacó las mejores calificaciones.

* Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid -UAM- y RSc (Hons) en Ciencias Sociales, Política y Sociología, por la Open University (Reino Unido); profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en UAM; actualmente es codirector del Master de Estudios de la misma universidad. Correo electrónico: angel.rivero@uam.es

** Licenciado en Filosofía por la Universidad del Deusto (Bilbao); actualmente es investigador del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid. Correo electrónico: jorge.delpalacio@uam.es

El acto había sido organizado por la Fundación Ideas, del PSOE y tenía un aire ambiguo entre la conferencia y el mitin político. Esto es, aunque el tema invitaba a una reflexión sobre la situación de los partidos socialdemócratas confrontados con su constante declive electoral y de afiliación en el mundo occidental, no parecía que los organizadores tuviesen la pretensión de limitarse a certificar la muerte de la socialdemocracia sino, más bien, mostrar al público allí reunido que todavía había un futuro. Esto, claro es, no forma parte del análisis de la realidad sino de la voluntad expresa de los ponentes y de su deseo de animar una audiencia que, al menos Pettit, suponía socialdemócrata.

Pero puesto que el presente de la socialdemocracia es más bien sombrío, al haber ido perdiendo uno a uno todos los gobiernos que tenía hasta refugiarse en los frágiles bastiones portugués, español y griego, el aire de final de una historia y de clausura estuvieron presentes en las intervenciones de los ponentes y en las caras de preocupación de los políticos presentes.

Este aire de final anunciado era explícito y dominante en el discurso de Merkel. Con los datos en la mano, el futuro de la socialdemocracia apunta a la desaparición o, en el mejor de los casos, a una mudanza radical, cambio de marca incluido. En Pettit, por el contrario, el tono era mesiánico y ciertamente apropiado por la esperanza de la resurrección en vísperas de Semana Santa. La historia política es también la guerra del bien y del mal. El pueblo tiene motivos, nos decía, para el enfado por las dificultades que atraviesa en el presente. Pero el paro, la bajada de sueldos, la limitación de las pensiones, el retraso en la jubilación y todas las plagas que nos azotan no son responsabilidad del gobierno (socialdemócrata). Enfadaos, decía el republicano irlandés, pero no descarguéis vuestra ira sobre los buenos (los socialdemócratas) sino sobre los malos (los conservadores). Los primeros, en todo caso, son culpables de ingenuidad por no haber sometido a los especuladores, capitalistas, etc. al control de un Estado fuerte. No puede ser, por tanto, que la ira del pueblo se descargue sobre los justos sino que debe dirigirse a los malvados. Así pues, en la prédica del antiguo seminarista la política es un combate entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, en el que estás últimas intentan confundir y engañar a los incautos para realizar sus perversos fines. La socialdemocracia resucitará cuando los malvados que confunden al pueblo sean desenmascarados.

Ciertamente los discursos de los dos ponentes no podían ser más opuestos. Mientras Merkel hablaba del futuro de la socialdemocracia en términos de puro cálculo electoral y el objeto de su análisis era la estrategia que los partidos socialdemócratas debían realizar para maximizar su poder y alcanzar el gobierno, Pettit nos devolvía a la épica de la lucha de clases donde la avaricia de los codiciosos ilu-

mina la conciencia de los oprimidos y los dirige hacia la salvación terrena: ahora el cielo se llama socialdemocracia.

Pero la diferencia entre Merkel y Pettit no sólo era llamativa en relación al tono y al estilo de sus discursos. Lo cierto es que hablaban de cosas radicalmente distintas. La socialdemocracia es una etiqueta resultado de la experiencia política y no de un dogma ideológico. Es por tanto ambigua y eso explica que existan partidos socialdemócratas de izquierda y de derecha. Sin embargo, hay al menos dos sentidos más precisos del término: uno refiere a los partidos socialistas que aceptaron si quiera de facto la democracia liberal y la economía de mercado. Esto es, socialdemocracia refiere aquí a los partidos de izquierda con vocación de gobierno en la Europa occidental.

Pero socialdemocracia refiere también, en segundo lugar, a una edad arcádica en la conciencia europea occidental que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años 70 y la crisis del petróleo. Esos treinta años de la historia europea se llamaron el consenso de posguerra también conocido como el consenso *socialdemócrata*. Lo característico de aquel momento fue la construcción de un Estado de bienestar en el que la democracia liberal, el mercado y la seguridad social se conciliaban de forma armónica. La arcadia llegó a su fin con la estanflación y con el duro invierno del descontento, de 1978-1979, que acabó con el gobierno laborista de James Callaghan en el Reino Unido. Pettit, que había nacido en 1945 vivió su infancia y su juventud en ese mundo.

Cuando Merkel hablaba del futuro de la socialdemocracia está hablando en el primero de los sentidos reseñados, de los partidos socialdemócratas, no de una edad arcádica a la que debemos regresar. Para alguien como Merkel, que ha sido uno de los forjadores del discurso de la *tercera vía* de la socialdemocracia europea y asesor de Tony Blair y de Gerhard Schröder convertir la socialdemocracia en una utopía sería difícil de explicar. Merkel fue, hace casi 15 años, uno de los animadores de la modernización de la socialdemocracia y sigue siendo un modernizador. Entonces eran otros tiempos. Cuando se publicó el manifiesto “Europe/ The Third Way/Die Neue Mitte” de Blair y Schröder, en 1999, la socialdemocracia gobernaba en casi toda Europa, salvo en España y poco más. Ahora no gobierna en casi ningún lugar del mundo, salvo España, Portugal y Grecia. Entonces el grueso del manifiesto estaba dedicado al abandono de los viejos dogmas de la socialdemocracia y a la profundización en la competitividad, la iniciativa y el desarrollo de una economía de mercado alentada por la globalización. Hoy, allí donde todavía gobierna la socialdemocracia, en los tres países referidos, tiene que aplicar las dolorosas medidas de ajuste resultado de la crisis económica del capitalismo

financiero. El abismo de la bancarrota económica conduce a la socialdemocracia a la bancarrota electoral. Ni una ni otra las puede dar por descartadas.

Merkel sigue siendo un modernizador aunque ahora en su discurso hay poco margen para la esperanza. En lo sustancial su discurso es el mismo que el defendido por la *tercera vía* salvo algunas correcciones sobre los efectos perversos y no previstos de la globalización. Esto es, sigue defendiendo la eficacia del mercado, la importancia del mérito para la movilidad social y de la educación como la principal provisión que debe realizar el Estado para alcanzar la justicia social.

El problema es, sin embargo, que este discurso es el que ha hecho a los socialdemócratas encontrarse en una posición difícil electoralmente. Por un lado, la derecha se siente más cómoda en relación a las políticas eficaces de gestión, de modo que las clases medias les otorgan su apoyo. De otra parte, el electorado obrero tradicional de la socialdemocracia o se ha evaporado por el cambio social o otorga su apoyo a los partidos de la extrema derecha o de la extrema izquierda. A los primeros porque los trabajadores europeos, acostumbrados a ser receptores pasivos de derechos sociales, culpan a los inmigrantes de su recorte; a los segundos porque el discurso populista de la lucha de clases es más verosímil en los partidos anti-sistema que en un partido con vocación de gobierno. Para Merkel, en suma, la socialdemocracia podría desaparecer si no es capaz de ofrecer un programa moderno que se adapte a las nuevas circunstancias y que alcance a nuevos electores.

Pero para Pettit, socialdemocracia no hace referencia a un partido político y su futuro no está ligado al desempeño electoral del mismo. Socialdemocracia es la utopía del bienestar. En su concepción, algo que tenemos, o que teníamos, y que no podemos permitir que nos arrebaten los malvados. En Pettit no hay espacio para el cálculo electoral, ni para cuestiones sobre cómo se gestiona económicamente, de forma eficaz, la provisión privada o pública de bienestar, lo que hay son enemigos ideológicos. Así, en su narración, el consenso de posguerra no se rompió por su colapso económico y social sino que el único culpable fue la ideología del neo-liberalismo, que se aplicó a su destrucción. Fue la ideología y no la realidad económica y social la que acabó con la arcadia de la posguerra europea. Así, hoy como ayer, los ricos, nos dice Pettit, quieren acabar con los impuestos y de este modo desprestigiar y desmontar el Estado de bienestar. Frente al análisis de la realidad social y económica pero también electoral, Pettit prefiere el lenguaje mesiánico del bien y del mal como forma de dar futuro a la socialdemocracia.

Ahora bien, habría que recordar a Pettit que cuando el profeta de la lucha contra el capitalismo es quien administra el duro jarabe del desempleo, la recesión, el

recorte de salarios y pensiones, el retraso en la edad de jubilación y la anulación de una constelación de ayudas y subsidios más o menos populistas, su credibilidad queda en entredicho. Porque entonces la utopía de la socialdemocracia es desmontada por aquellos que se llenan la boca con su defensa. Cuando esto ocurre no solo la contradicción o la hipocresía limitan la credibilidad del mensaje sino que la socialdemocracia como partido político, que quiere ser gobierno, se hunde con más profundidad en la decadencia y en lugar de colocarse en la posición de anunciar la resurrección, acabará por escribir su epitafio. La socialdemocracia lo tiene muy difícil como partido que se moderniza para acomodarse a circunstancias cambiantes, pero lo tiene mucho más difícil si habla el lenguaje del populismo mesiánico porque su discurso es su refutación.

El acto que la Fundación Ideas celebró el pasado 8 de abril en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid con Wolfgang Merkel y Philip Pettit no fue un acto aislado. El acto venía a culminar una serie de publicaciones con las que Ideas ha pretendido poner de manifiesto los peligros que se ciernen sobre la sociedad española en el caso de que el Partido Popular llegue al poder. El trabajo más ambicioso que la Fundación Ideas ha publicado para conseguir este objetivo ha sido el documento de análisis político que responde al nombre “La España de Rajoy y Cameron”. El trabajo, que parece bien presentado y documentado, llega a la conclusión de que si Mariano Rajoy gana las elecciones de 2012 pondrá en marcha una “agenda oculta” orientada a desmontar el Estado de bienestar y convertir a España en tierra de promisión para los capitalistas y especuladores. Ahora bien, el argumento pierde toda su fuerza y consistencia cuando el extenso análisis corona sus más de cincuenta páginas afirmando “En realidad no sabemos si sería así, pero en todo caso, sería conveniente que lo aclarara, antes de solicitar la confianza de los ciudadanos”. ¿Puede un análisis que pretende ser fiable terminar con un “En realidad no sabemos si sería así, pero en todo caso...”?

Lo interesante de la afirmación “En realidad no sabemos si sería así” es que se explica a sí misma. Se explica sí misma porque pone de manifiesto que el análisis de la Fundación Ideas no busca convencer apelando a la seriedad de un análisis politológico, sino que pretende generar un estado de ánimo. Es decir, más allá del debate sobre las cifras y políticas imputadas al proyecto del Partido Popular, que tanto monta si son o no son ciertas, lo importante para Ideas es difundir y hacer popular un mensaje de temor ante la llegada de los conservadores y su “agenda oculta”. Este no es un detalle sin importancia, pues sintoniza a la perfección con el espíritu que presidió el acto celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid.

Un acto donde el profesor Wolfgang Merkel y su incómodo discurso sobre los problemas de adaptación al futuro que tendrá la socialdemocracia fue relegado a un segundo plano ante Philip Pettit, la estrella de la prédica mesiánica que vino desde Princeton a señalar quiénes son los buenos y quiénes los malos en esta película.

El problema radica en que cuando la socialdemocracia abandona la estrategia de acomodo con la modernidad como seña de identidad –léase, la opción Wolfgang Merkel– para abrazar un discurso mesiánico orientado a distinguir entre buenos y malos, corre el grave riesgo de terminar caricaturizando las posiciones, perdiendo de vista los verdaderos problemas y, en definitiva, evaluando la realidad de manera equivocada. En este sentido, resucitar el fantasma de la vieja y fatigada retórica de la “lucha de clases” con el ropaje de la “no dominación” sólo tiene sentido si se distorsiona radicalmente la realidad. A esta empresa parecen dedicados aquellos que en la Fundación Ideas han decidido prestar más atención a las recetas de Philip Pettit que a otras maneras de entender la socialdemocracia.

La socialdemocracia, tal y como la entiende Pettit, necesita señalar dos lugares comunes para ser funcional: primero, un enemigo político a quien achacar los males del mundo; segundo, una arcadia a cuya restauración dedicar sus esfuerzos. El primero, lo ha encontrado en la caricaturización de la tradición conservadora. El segundo, lo encarna el el Estado de Bienestar de posguerra. Ambos lugares merece que les dediquemos unas palabras aclaratorias porque también informan el estilo del documento “La España de Rajoy y Cameron”. Vayamos por partes.

De una parte, la identificación de los partidos conservadores con una derecha neoliberal de naturaleza capitalista y especuladora a la que imputar todos los males mundanos resulta tan excesiva como pensar que la tradición socialista empieza y termina con los que aún se emocionan al escuchar los primeros compases de la Internacional. De aquí que jugar con la identificación entre Rajoy Cameron pueda convertirse en un arma de doble filo para la Fundación Ideas. *A priori*, sacar a colación los importantes recortes que el *premier* David Cameron ha realizado para tratar de gestionar la crisis sin mencionar, siquiera, la desastrosa situación económica que ha heredado de la era Blair-Brown, puede que satisfaga la imagen que algunos socialistas desean encontrar en un gobernante conservador: alguien que disfruta desmantelando el Estado de Bienestar y ahondando en la fractura social *per se*. Sin embargo, a poco que cualquiera se moleste en estudiar las causas del éxito de David Cameron y sus lemas “Big Society/ Broken society” encontrará que una de las claves ha sido hacer valer la tradicional preocupación conservadora por promocionar toda reforma social que contribuya a favorecer la armonía social. Es necesario subrayar este punto, pues la preocupación por lo social no es

patrimonio exclusivo del progresismo, sino que también se encuentra presente en la cultura política conservadora y explica su visión comunitaria de la sociedad y el importante papel que el Estado juega como instrumento de mejora social de las clases desfavorecidas.

Por tanto, sacar a colación a David Cameron no significa sólo poner sobre la mesa sus recortes, sino también significa explicarlos y recordar su famoso “I’m going to be as radical a social reformer as Mrs Thatcher was an economic reformer”. Y para entender sus palabras es necesario fijarnos en la herencia que Cameron recibe del laborismo inglés: una gran crisis económica, un gran déficit, un país atezado por un sistema de subsidios públicos insostenible, una sociedad cuyo espíritu emprendedor se ha anquilosado víctima de una cultura intervencionista del Estado, un sistema educativo con grandes carencias, una progresiva conflictividad social, una progresiva atomización de la sociedad por la acción del Estado, y un largo etc. ¿No resulta demasiado familiar la herencia que ha recibido Cameron de los socialdemócratas británicos?

De otra parte, hacer de la defensa del Estado de Bienestar la arcadia que inspira la política de la socialdemocracia resulta, a todas luces, un acto de irresponsabilidad. Lo es porque al asumir la defensa del mismo como norte de su política social el socialismo español está generando unas expectativas que difícilmente va a poder satisfacer si consigue volver a ganar las elecciones y perpetuarse en el poder. Sobre todo porque hay que decir que la desaparición del Estado de Bienestar que hemos conocido no va a ser causada por un opción ideológica dada, sino por la fuerza de las circunstancias sociales, demográficas y económicas que presiden el mundo occidental que ha disfrutado del mismo.

Por tanto, lo responsable es llamar a las cosas por su nombre, así sean incómodas; y lo responsable es entender que nuestras sociedades deben comenzar a pensar de manera seria y responsable en un nuevo contrato social que nos permita acomodar nuestras necesidades a aquello que realmente el Estado actual puede ofrecernos, y no a lo que nos gustaría que siguiera ofreciendo. Todo lo demás, toda la retórica basada en señalar gigantes donde sólo hay molinos es, amén de disfuncional para el análisis político, hablar de lo excusado, que diría don Quijote.